

Oscuridad en las cosas y un tono rojizo en el aire era lo único que se podía observar alrededor. Había pocos árboles y estos eran de colores grises.

Cinco reinos son los que existen y menos son los que habita el privilegio de no robar ni matar.

Los monstruos a veces imitaban la apariencia de los animales, haciendo que sea difícil identificar a uno verdadero a uno falso.

Morir pareciera que tiene más sentido que vivir en un lugar donde el único pensamiento que tienes es sobrevivir, puesto que ni a los reyes les importaban los ciudadanos, y viceversa.

En los lugares de tortura, moraban los que buscaban libertad y paz.

El rey desde su castillo siempre daba ordenes extrañas a su gente:

—Y yo, el rey de todo aquel ser vivo en mi reino, os obligo a salir a las calles para poder custodiar sus pertenencias, ya sea que haya cosas en su ropa o dentro de su cuerpo.

Él sólo buscaba robarle a su pueblo, pero eso ya todos lo sabían, y por tal razón los ciudadanos escapaban en masa hasta donde haya, aunque sea, un mínimo de esperanza.

Algunos le lanzaban piedras al rey en forma de protesta, y estos eran encarcelados para luego ser torturados. Los que no huían era porque ya perdieron la esperanza hace mucho tiempo.

Pensaban que no importaba hacia donde corrieran, no habría buena vida de todas maneras.

NERO

Nero, un monstruo débil con un físico parecido al de un humano junto con mucho vello en su cuerpo, se escondía en las cuevas esperando cazar a alguna persona.

Comía una vez cada dos días, no porque no lo necesitara, si no porque casi nadie pasaba por delante de su escondite para que él pudiera cazar.

Su lugar estaba afuera de los reinos, por dicha razón era dificultoso que alguien se le acercara. Más pasaban animales, pero era posible que fueran monstruos imitando la apariencia de algún tierno conejo, y en estos casos, él se escondía intimidado.

Llegó a pasar cinco días sin comer, hasta que dio un grito espantoso y desgarrador hacia el cielo y decidió salir y correr hasta encontrar algún campamento con humanos, que de estos eran varios, pero tampoco los suficientes como para llamarlos habituales.

Llegó hasta una hoguera con un fuego muy avivado. Lamentablemente, a su vista no había nada más que un gato blanco, la única conclusión que podía sacar respecto al indefenso animal, es que eso de ahí era una criatura temible disfrazada de un adorable ser con el objetivo de cazar a los desprevenidos y a los hambrientos, y en este caso Nero era lo segundo.

Este no tuvo más remedio que escapar con sus débiles piernas y su poca energía.

La criatura reveló su verdadera identidad, cuya apariencia era de un gran lobo de dos cabezas del tamaño de dos humanos. Este imitador lo cazó fácil. Lo despedazó comiéndolo poco a poco, hasta que ya no quedó nada de él.

El plan de los monstruos

Algunos soldados rondaban fuera de sus reinos para asegurarse de que nadie se haya escapado y de que ningún monstruo vaya a entrar.

Estos guardias no se alejaban tanto, sólo hasta donde pudieran correr lo suficiente por si llegara una bestia imbatible.

Sin embargo, esta vez caminaron lo suficiente como para encontrarse con una ardilla al lado del cortado cuerpo de Nero, y las caras de los que portaban armas reflejaban una burlesca sonrisa:

—Todo aquel que haya pecado, será restregado por sus caras los actos crueles que cometieron. No sé lo que este infeliz haya hecho, pero sé que el karma actuó ante él.

Aquella ardilla habló con una voz tenebrosa:

—Sí, y a ustedes les vendrá algo peor, malditos mortales.

De inmediato supieron que lo de ahí no era lo que parecía, así que lo evadieron yendo hacia el castillo.

El rey, mientras estaba sentado acariciando a su gato, los insultó por haber viajado más de la cuenta, pero también les dejó en claro que si morían sería culpa de ellos, de nadie más.

La mascota de la alteza se dirigió a la ventana por intuición. De repente, tenía el pelaje erizado, maullaba con temor al ver que la misma criatura que mató a Nero estaba dentro del reino, y esta vez atacando a la gente.

El rey balbuceó ordenes ante su inestable control de los nervios:

—¡Pro-Proteged el castillo!

Él ignoraba a la gente que estaba siendo asesinada por la bestia, le importaba más su vida que la de cualquier otro.

Todos los soldados salieron del castillo y fueron directos a no permitir la entrada de la bestia.

Sin embargo, el rey quedó solo con su mascota, la cual exclamó:

—Qué mal que no haya guardias que te puedan proteger.

El humano se ahogó del susto al escuchar a quien debía ser un animal común.

Muchos ya teorizaban que había una bestia dentro del castillo, pero todos callaron estas ideas.

Al final, fue traicionado por quien tenía que amarlo y estar ahí incluso en sus malos momentos, así fue comido y ahí lo vieron a él por última vez.

Reunión de reyes

El rey Carlos estaba ya sentado en aquella mesa grande y redonda, podían caber hasta 10 personas allí, pero sólo había cuatro sillas, de las cuales antes había cinco.

Él esperó hasta que llegaran los demás reyes a iniciar el debate que se hace cada vez que muere uno de estos.

La habitación estaba rodeada de plantas, tanto en macetas como entre medio de las grietas, que de estas había por ser un lugar muy antiguo. Las condiciones del lugar transmitían silencio y tranquilidad, junto con un poco de frío.

Había una nula cantidad de animales cerca del lugar, ya que los muchos guardias que protegían el cuarto se ocupaban de sacarlos, esto era para prevenir la aparición de algún monstruo disfrazado.

La segunda en llegar fue Juana, quien poseía un vestido largo de pequeñas joyas de oro y malla blanca. Caminaba como si el mundo le obedeciera todo lo que diga.

Luego llegó Alejandro, que no poseía la típica apariencia de un rey, sino que tenía el físico de un soldado listo para la guerra.

De última llegó Victoria, callada como siempre e intentando no llamar la atención, aunque su vestido de seda largo y negro llamaba la atención al ser diferente a los colores que se veían en el cuarto.

Cuando ya todos estaban sentados, Carlos fue el primero en hablar:

—El Tonto no supo manejar su seguridad. Yo creo que su muerte no da el suficiente peso como para hacer una reunión.

Por intuición, los demás ya habían tachado como “El Tonto” al rey asesinado.

—No lo sé, ¿acaso les interesa lo que pase con su gente? El tipo tenía a su pueblo en la miseria, ni siquiera tuvo hijos como para cederles el puesto. Nunca nadie lo quiso. —aseguró Juana dando una mirada fría hacia todos los presentes.

—¿Qué propones tú, Juana? No has dado ninguna propuesta ni idea sobre las posibilidades que tenemos. —Alegó Alejandro, y cuánta razón tenía al hablarlo.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? Si no es problema mío, no me voy a meter. —Respondió de mala gana. Su molestia iba aumentando poco a poco, pero lo disimulaba con una sonrisa.

Ella siempre alejaba a las personas, aunque era más por su gran demostración de asco hacia la gente que sus actos malvados.

Siempre le disgustó que alguien le diera ordenes, pero sí le encantaba cuando le tocaba el momento de hacerlo.

Su hipocresía que solo se fijaba en lo bueno para ella afectaba tanto sus relaciones sociales como su salud mental, la cual fue en decadencia con el pasar de los años.

Carlos mantuvo su lujuriosa mirada fijada en Juana, no quería quitarle la vista, junto con su pequeña sonrisa que se elevaba de un solo lado.

Era la segunda vez que estos jóvenes se veían, la vez anterior fue cuando el padre de Juana, el antiguo rey, murió por causas naturales.

La reunión de los reyes en ese momento se hizo igual, pero como ella asumió el cargo de inmediato, todas las demás altezas pensaron que era innecesario ir a la junta.

El único que había ido era Carlos, y cuán agradecido estuvo, ya que ahí se enamoró por primera vez de ella, quien también había ido, y tuvieron una hermosa charla contando sus anécdotas y gustos.

Regresando al presente, Victoria siguió callada, no tenía pensado hablar a menos que le dirijan la palabra.

Alejandro no permitía las faltas de respeto ni para su persona ni hacia los demás, por dicha razón se levantó de manera brusca del asiento, se dirigió hacia Juana y le dio una fuerte cachetada en la mejilla. Por consiguiente, alzó:

—¡No permitiré que ninguno de los que está presente haga un uso inadecuado e insoportable de su poder! ¡Si a ti no te importa la vida de la gente, entonces me veré obligado a pedir que renuncies al trono!

Carlos de inmediato se levantó yendo hacia él, sacó una navaja de su bolsillo y la colocó en el cuello de Alejandro, rasgándole un poco la piel, lo suficiente como para generarle un corte en forma de punto y quitarle una pequeña cantidad de sangre.

—Por ordenes del rey Carlos, serás ejecutado por maltrato físico y emocional hacia una reina y traición al acuerdo de paz entre todos los reinos. —Decretó aquel que estaba armado.

—Quítame tu mirada cobarde de encima. —Ordenó el que ahora era el atacado.

—¡Te cortaré tus sucias manos antes de que puedas volver a ponerme si quiera un dedo encima! —Aseguró Juana.

—Estarás tres metros bajo tierra apenas pienses en hacerme daño —Contestó Alejandro. —. Y tú, maldito rey, veo que una pelea a golpes no la ganarías nunca con ese cuerpo tan débil.

—Veamos si tienes razón. —Carlos lanzó la navaja hacia el suelo.

Mala decisión haber dejado el único artefacto que lo defendía, ya que, por su mala suerte, Alejandro estaba listo para matarlo a golpes. Sabía que allí no habría algún guardia que alcance a intervenir, todos estaban afuera.

Aquel hombre con un corte en el cuello le dio un impacto en el rostro a su oponente, este último no alcanzó ni a reaccionar de lo rápido que fue. Pero ese choque era lo menos que podía recibir de él.

Alejandro empujó al suelo al hombre indefenso y le pegó repetidas veces en la cara. Ya no se le podía apreciar bien de la tanta sangre que tenía encima.

Victoria se levantó del asiento sin que nadie se diera cuenta y escapó de ahí. Aunque no estaba tan asustada, sino que no quería tener nada que ver con lo que pasaba.

—¡Oye, para! —Preocupó Juana en vano, ya que el rey no se detenía.

Para su suerte, ella encontró la navaja que había sido tirada al suelo.

La fue a recoger lo más rápido que pudo. Al agarrarla, se dirigió hacia Alejandro y enterró la navaja en su espalda.

Este dio un traumatizante grito de dolor, porque poco podía hacer para remediar el daño.

Ella siguió apuñalándolo hasta que él se detuvo.

Al final, Alejandro murió cayendo al suelo sin haber dicho ni una sola palabra, aunque Juana estaba frustrada por no poder salvar a quien quería.

De repente, escuchó los pasos de múltiples personas corriendo desde el pasillo, y cada vez el sonido iba aumentando.

Victoria había enviado a sus soldados que estaban afuera, y vaya que fue buena decisión, ya que estos cuando llegaron presenciaron a la reina estando armada delante de dos cadáveres.

—¡No, yo no hice nada! ¡Este desquiciado mató al rey Carlos! —
excusó.

Uno de los soldados agarró del pelo a Juana y repitió lo que le
habían ordenado:

—Usted asesinó a alguien, y ahora estás en una posición débil.
Creo que es obvio lo que quiere nuestra reina Victoria, ¿o no?

—¿Qué?...

El mismo individuo se ubicó detrás de ella, y al sacar su espada
logró, de un solo movimiento, decapitarla.

Y así, Victoria se proclamó como la única reina en el mundo, y
no permitiría que alguien más se convierta en rey.

Las personas de todo el mundo fueron guiadas hacia su reino, el
cual era de los pocos que no moraba la violencia ni el terror.

La gente de Alejandro lloró por la muerte de él, y le hicieron su
propia tumba y funeral para poder honrarlo por una última vez.
Su trabajo lo hizo tan excelente que todo el mundo lo amó por
las historias que escucharon de aquel hombre que se enfrentó a
dos reyes malévolos.

Con el paso del tiempo, se le nombró “El Mejor Rey que Existió”,
no solo por la gran moral, justicia y cuidado que tenía para su
gente, sino también por haber salvado de manera indirecta a
muchos ciudadanos al matar a Carlos, quien no tenía un reino
muy seguro.

El gobierno de Victoria, con todo el dinero que adquirió al quedarse con la fortuna de los antiguos reyes, construyó murallas alrededor de todo su reino.

Ya nadie quiso escapar de ahí, incluso los que habían huido se devolvieron.

La humanidad se mantuvo alejada de los monstruos por tanto tiempo, que algunos de estos empezaron a morir de hambre al no tener nada que comer. Otras bestias mataban a sus compañeros para poder saciarse, así iban disminuyéndose entre ellos mismos poco a poco sin darse cuenta.

Los últimos que quedaron intentaron entrar al reino mediante la fuerza, pero no les resultó. Era esperable, ya que no tenían las energías suficientes para poder pelear contra la enorme cantidad de soldados.

El mundo culminó en paz y sabiduría, el territorio se expandió y la educación aumentó para seguir avanzando como humanidad.

Fin.